



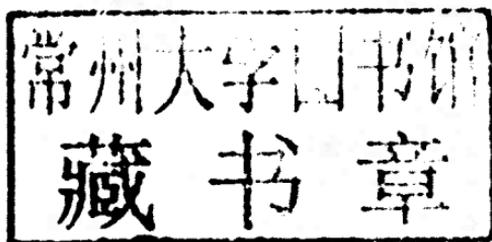
Joyas de Literatura
Contemporánea China

AMOR EN UN VALLE ENCANTADO

Autora: Wang Anyi

AMOR EN UN VALLE ENCANTADO

Novela de Wang Anyi



图书在版编目 (C I P) 数据

锦绣谷之恋: 西班牙文 / 王安忆著; (西) 萨乌提译. —北京: 五洲传播出版社, 2014.5

ISBN 978-7-5085-2737-6

I. ①锦… II. ①王… ②萨… III. ①中篇小说—中国—当代—西班牙文 IV. ①I247.5

中国版本图书馆 CIP 数据核字 (2014) 第 067616 号

© 1993 Wang Anyi,

Spanish Language translation rights arranged through Copyright Agency of China

© Spanish Translation, Editorial Popular

Email: jiangshan@cicc.org.cn

“中国当代文学精选”丛书

顾问:

Daniel Cladera Commons (西班牙)

Felipe R. Debasa Navalpotro (西班牙)

Marta Alonso Dorrego (西班牙)

Nuria Pitarque Ledesma (西班牙)

Mercedes Calero (西班牙)

董燕生 (中国)

Liljana Arsovska (墨西哥)

赵德明 (中国)

Alwin Van Der Linde (荷兰)

茅嘉宇 (中国)

主 编: 孙新堂

策划编辑: 李朝全 荆孝敏

责任编辑: 郑 磊

助理编辑: 姜 珊

装帧设计: 北京丰饶文化传播有限责任公司

内文设计: 北京翰墨坊广告有限公司

《锦绣谷之恋》

作 者: 王安忆

出版发行: 五洲传播出版社

地 址: 北京市海淀区北三环中路 31 号生产力大楼 B 座 7 层

邮 编: 100088

网 址: www.thatsbooks.com

电 话: 010-82001477

印 刷: 北京圣彩虹制版印刷技术有限公司

开 本: 787 × 1092mm 1/32

印 张: 3.875

版 次: 2014 年 6 月第 1 版第 1 次印刷

定 价: 68.00 元

AMOR EN UN VALLE ENCANTADO

Novela de Wang Anyi

图书在版编目 (C I P) 数据

锦绣谷之恋: 西班牙文 / 王安忆著; (西) 萨乌提译. —北京: 五洲传播出版社, 2014.5

ISBN 978-7-5085-2737-6

I. ①锦… II. ①王… ②萨… III. ①中篇小说—中国—当代—西班牙文 IV. ①I247.5

中国版本图书馆 CIP 数据核字 (2014) 第 067616 号

© 1993 Wang Anyi,

Spanish Language translation rights arranged through Copyright Agency of China

© Spanish Translation, Editorial Popular

Email: jiangshan@cicc.org.cn

“中国当代文学精选”丛书

顾问:

Daniel Cladera Commons (西班牙)

Felipe R. Debasa Navalpotro (西班牙)

Marta Alonso Dorrego (西班牙)

Nuria Pitarque Ledesma (西班牙)

Mercedes Calero (西班牙)

董燕生 (中国)

Liljana Arsovska (墨西哥)

赵德明 (中国)

Alwin Van Der Linde (荷兰)

茅嘉宇 (中国)

主 编: 孙新堂

策划编辑: 李朝全 荆孝敏

责任编辑: 郑 磊

助理编辑: 姜 珊

装帧设计: 北京丰饶文化传播有限责任公司

内文设计: 北京翰墨坊广告有限公司

《锦绣谷之恋》

作 者: 王安忆

出版发行: 五洲传播出版社

地 址: 北京市海淀区北三环中路 31 号生产力大楼 B 座 7 层

邮 编: 100088

网 址: www.thatsbooks.com

电 话: 010-82001477

印 刷: 北京圣彩虹制版印刷技术有限公司

开 本: 787 × 1092mm 1/32

印 张: 3.875

版 次: 2014 年 6 月第 1 版第 1 次印刷

定 价: 68.00 元

Las obras literarias siempre han desempeñado un papel insustituible en el intercambio de las culturas humanas. Siendo dos regiones económica y culturalmente dinámicas, tanto China como el mundo hispano tiene una dilatada historia, una espléndida civilización y un profundo bagaje cultural. El intercambio entre ambas partes en el área de literatura nunca se ha interrumpido. A través de las obras de Juan Ramón Jiménez, Jorge Luis Borges, Camilo José Cela, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y otros maestros literarios, los lectores chinos han podido conocer y comprender el mundo hispanohablante. Por otro lado, el conocimiento de China por parte de los lectores hispanos, también se debe en gran medida a las creaciones literarias procedentes de este país.

La literatura contemporánea de China ha conseguido grandes éxitos. Desde los años 80 del siglo XX, numerosos escritores de gran talento han venido ofreciéndonos sus excelentes obras. El mejor ejemplo de ellos es Mo Yan, ganador del Premio Nobel de Literatura en 2012. En la colección “Joyas de Literatura Contemporánea China”, hemos seleccionado una serie de obras resprestativas de escritores chinos prestigiosos para presentarlas ante el lector hispano. A través de estos libros, se puede conocer los distintos estilos y corrientes de la literatura contemporánea de China, observar los enormes cambios históricos y sociales que está viviendo este país, sentir de manera palpable la vida cotidiana y adentrarnos en el mundo espiritual de los chinos. Con esta colección, queremos ofrecer a los 400 millones de potenciales lectores hispanohablantes la mejor literatura de la China moderna y compartir con ellos el placer de la lectura.

Quisiéramos agradecer a la Dirección General de Prensa y Publicaciones, la Oficina de Información del Consejo de Estado, la Asociación de Escritores de China y a los escritores, traductores y todas las personas que han apoyado generosamente este proyecto. Estamos convencidos de que la publicación de esta colección de libros favorecerá el intercambio y la colaboración en el área cultural entre China y los países de habla española, potenciando especialmente el conocimiento e interacción de los escritores y lectores de ambos lados.

China Intercontinental Press

Pasado el último tifón, las primeras hojas de otoño caen suavemente sobre el balcón. Por la puerta de cristal que se abre a la noche, imagino un tapiz de un amarillo áureo. Más tarde empiezan a caer gruesas gotas que crepitan fuertemente sobre las hojas. No me di cuenta del momento en que dejó de llover, pero después de cierto tiempo me percaté de su ausencia. Por la mañana, al levantarme, un sol renovado ilumina todas las cosas, hojas descompuestas, en las que predomina un color marrón-amarillento desvaído, están esparcidas por todo el suelo.

Quisiera contarle una historia, la historia de una mujer. El viento de estos primeros días de otoño es fresco, el sol luminoso, me siento tranquila, lista para pensar serenamente en mi historia. Me imagino que empieza, justamente, después de una lluvia otoñal.

Después de la lluvia, el sol lo ilumina nuevamente todo, la hojarasca de un amarillo-rojizo tenue, cubre el suelo. Ella se acomoda, se sienta al borde de la cama, todavía adormecida, la boca con sabor amargo; un bos-

tezo irreprimible le llena los ojos de lágrimas. Una pierna plegada y la otra tratando de alcanzar el suelo con los dedos del pie, ella observa a su marido con el rabillo del ojo. Tendido sobre el dorso, brazos y piernas abiertas, él ocupa ahora la mitad del espacio que ella acaba de dejar. Sin duda, a causa del viento que agita la cortina de bambú y hace bailar el sol matinal, unas veces se le ve inmerso en las sombras, otras, iluminado. Así mismo, su corazón pasa de la sombra a la luz, como unido a un columpio que lo lanza por los aires para después hacerlo descender, vaivén que le comunica ligeras náuseas. Pero la sensación no es permanente. Después, como si hubiese sentido que lo llamaran desde sus sueños, se mueve bruscamente, agita brazos y piernas como un nadador, luego se levanta y se pone de rodillas. Queda como ensimismada, la mirada perdida, como si meditara. Extiende la mano y tantea sobre la mesilla de noche en busca de un bastoncillo de algodón para limpiarse los oídos. Cuando termina, cierra a medias los ojos, recupera un poco el talante, en fin se siente nuevamente con vida. Mas vuelve a sumergirse en una nueva ensoñación. Sentada, silenciosa, lo observa con el rabillo del ojo en la penumbra, a miles de leguas de él. Al fin despierta él, se advierte una chispa de conciencia en su mirada cuando la descubre sentada al borde de la cama y le pregunta qué hay de desayuno. Ella le responde con precisión, se levanta sobre un pie, manteniendo el otro sobre la cama. A través de la cortina, el sol ilumina la habitación. Ella se pone en la luz para enrollar sus cabellos en seis gigantes rulos, dos delante, dos detrás y uno a cada lado, juntos lucen como si tuviera puesto un extraño casco.

Sentada al borde de la cama, cuenta silenciosamente los rulos de su cabeza. Le añade un poco de agua a la cazuela con el arroz del día anterior y la pone a calentar sobre una cocina de gas, luego se cepilla los dientes y hace sus necesidades tranquilamente. Él se levanta y sale de la habitación en el momento en que ella entra, se rozan al pasar. Él se lava los dientes en el lavabo mientras se escucha en la alcoba el sonido del secador de pelo.

Cuando se encuentran en la mesa, están impecables. El cuello duro de su camisa de un blanco immaculado roza sus mejillas acabadas de rasurar. Un tibio y vivificante olor de sándalo emana de su rostro y de sus manos. Consume el caldo de arroz con sus palillos. En cuanto a ella, sus cabellos negros lacios se encrespan tras sus orejas y las puntas rizadas realzan sus mejillas claras de manera natural. Ninguno le presta atención al otro, como si se conocieran perfectamente y no necesitaran mostrar interés por el otro. Se contentan con ingerir rápidamente el insípido caldo de arroz. El caldo caliente les quema la boca, cuando a duras penas lo terminan, las gotas de sudor perlan sus frentes. Ella deja sobre la mesa los palillos y se levanta para encender el ventilador.

—¡Qué calor! —dice ella.

—¡Sí! ¡Qué calor! —repite él.

Una vez terminada la comida, él se va a las siete y media. A las ocho menos veinte, sale ella.

Vestida con una falda azul y un corpiño blanco que le da un aire de adolescente, desciende las escaleras mugrientas con paso de baile. Una brisa fresca circula entre los rayos transparentes de sol. Con placer, levanta

ta su rostro para dejar que el viento empuje su cabello hacia atrás.

Es una mañana como las otras, una bella mañana como tantas otras. La única diferencia visible son las hojas sucias sobre el balcón, en las que no ha reparado. En su casa, que conoce de memoria, nada puede suscitar su curiosidad ni su interés, allí nada roba su atención. No es sino cuando sale de su casa que comienza a vivir. Lo que hace allí, no son más que simples preparativos para un espectáculo realizado entre bastidores.

Tras dos puertas cerradas con llave, sobre el balcón, las hojas terminan por secarse, se alzan del lustroso piso, vuelan dulcemente y escapan a través de la balaustrada.

En su trayecto hacia el trabajo, ve deslizarse por el sendero entre los árboles las hojas muertas que han recuperado el brillo áureo del sol. Revolotean y giran como en un desfile, iluminando el camino.

Debo contentarme con seguirla y ver cómo persigue maliciosamente esas hojas doradas con la punta del pie, para después aplastarlas cruelmente con un golpe seco, como una despreocupada estudiante. Así piensan todos los transeúntes, debido a su silueta delgada como de mujer que no ha tenido hijos, a su aspecto simple y pulcro, y también a ese bolso tejido que lleva al hombro en lugar de la cartera no mucho más grande que un portamonedas que suelen utilizar las mujeres. Algunos no pueden evitar una miradilla de envidia por su aire juvenil y desenfadado. Ella se siente ligera de corazón. No obstante, desea que algo suceda, anhela que algo llegue a su vida. Por seguir su camino, debo ser la única en saberlo.

Su trayecto pasa por una de esas raras avenidas tranquilas de la ciudad, rodeada de casas de refinado estilo, a la francesa o de estilo clásico. Los plátanos franceses unen sus frondas para formar un corredor verde salpicado por manchas de luz solar. Sin que le importe mucho cuán larga pueda ser esta avenida, ella disfruta recorrerla a pie, sin tomar el autobús. Desgraciadamente, la avenida es muy corta. Cuando abandona su sombra protectora, cambia su estado de ánimo, se siente débil. Sin embargo, recupera sus fuerzas cuando se aproxima al inmueble en el que trabaja, suerte de nave blanca de tres pisos que refleja una curiosa luz, no blanca sino azulada. Siente, como de costumbre, una ligera excitación. Va a entrar al edificio donde trabajan sus numerosos colegas, jóvenes y no tan jóvenes. Siente esa excitación siempre que se reúne con ellos, casi sin excepción.

Se arregla con las manos su cabello natural y sin adornos, observando su propia sombra proyectada sobre la pared del recinto como sobre un espejo, por un sol en ascenso cuya luz deja escapar el muro situado al otro lado de la avenida. La vista de su elegante silueta la distrae. Sin darse cuenta, llega a la escalera. Cuando suena el timbre que anuncia el comienzo del trabajo, todos se apresuran por subir la escalera o descenderla, para llenar sus termos, sin tomarse el tiempo de saludar a los que llegan. En medio de esta barahúnda, llega al primer piso y entra a su oficina.

En el fondo de su tazón queda un poco de té de ayer y el cristal que protege su escritorio está cubierto de una fina capa de polvo. Lao Wang, cuya mesa está ubicada frente a la de ella, estaba limpiando. Cuando se acerca

a ella, intenta arrebatarle la escoba, naturalmente sin éxito, después se dirige al baño para lavar su taza de té. Pero la puerta cerrada indicaba que estaba ocupado. Pacientemente le echa una ojeada al diario del día anterior colocado sobre un escritorio. Ya lo había leído pero, no obstante, descubre noticias que se le habían escapado. Oye el ruido de agua descargada de la taza, cuando la puerta se abre: indudablemente es Lao Li que sale. Un poco molesto, él no la mira y ella lo roza al entrar. Ella siente el humo de cigarrillo y en la taza de porcelana blanca del retrete flota una colilla que baja con el nivel de agua. Tira lo que quedaba de té en su tazón, luego frota las manchas de tanino y lo enjuaga con esmero. Después una colega entra, y también hace lo mismo, vierte el contenido de su taza de té y lava el recipiente al lado de ella. Es Xiao Zhang, que acababa de rizarse el cabello y mostraba sobre sus hombros ondulaciones de un negro brillante. Indulgente y generosa, celebra su peinado, pero la joven responde:

—¡El tuyo es mucho mejor!

Ella protesta modestamente pero no insiste mucho. Xiao Zhang le cuenta su sesión en la peluquería y todo lo que vio y oyó allí. Después de haberla escuchado pacientemente, aprovecha la entrada de alguien que venía a lavarse las manos para dejarle pasar y retirarse.

El cartero acababa de pasar, y le puso numerosas cartas sobre su escritorio. Ella las repasa con sus manos húmedas, adivinando más o menos la identidad de los remitentes así como los motivos de sus misivas, luego va a prepararse su té. Había comprado un poco de té en una cajita blanca que tenía en el primer cajón a la izquier-

da de su escritorio, junto a su cuenco y sus palillos de comer guardados dentro de una bolsa de fino algodón. Una vez preparado el té, se sienta en su butaca. Solo hay diez butacas que fueron asignadas una tras otra a los más viejos en el servicio. Los últimos en llegar se han tenido que contentar con pequeñas sillas. Entró como redactora cuando la revista retomó su publicación' ella es la más joven de los *veteranos*. Después fueron llegando sucesivamente graduados universitarios cada vez más jóvenes, hoy día ella está lejos de ser la muchacha más joven. No obstante, jamás ha olvidado que fue la más joven redactora cuando la revista comenzó nuevamente a publicarse. Gracias a este pasado, jamás envejecerá. Apoyada al espaldar de su butaca, observa por la ventana la imponente paulonia¹, traída del lejano noroeste. A través de su denso follaje, ella percibe en el patio vecino, una pequeña vivienda de ladrillos rojos y techo puntiagudo como las casitas de los cuentos infantiles, con un balcón semicircular.

Por encima de sus hombros, sigo su mirada, y a través del follaje de la paulonia, percibo a una niña que sale de la casa de ladrillos rojos, se yergue sobre la escalera situada delante de la puerta, desciende los escalones con celebridad, atraviesa el patio y se precipita hacia afuera por un portal negro de hierro esculpido. Después, un pequeño anciano se detiene durante mucho tiempo delante de este portal, como si dudara.

1. Árbol de la familia de las Escrofulariáceas, de flores azules y olorosas, semillas aladas y tronco leñoso, común en Japón.

Un trolebús pasa por la avenida, la conductora da unos golpes secos sobre el metal de la carrocería para anunciar la próxima parada.

Ella desvía la mirada, recoge con indiferencia su correo, abre los sobres uno tras otro con tijeras desafiladas, extrae y despliega las cartas para leerlas. Experimenta una esperanza vaga, imprecisa. Ignora lo que espera, así como también si su expectación es justificada. En efecto, nada sucedió antes de que terminara la lectura de su correo. Pero como para mantenerle la esperanza, el teléfono suena. El aparato está cerca de ella, tiende la mano y coge el auricular. No es para ella la llamada, sino para Lao Wang, su colega. Es una voz de mujer, tal vez su esposa, tal vez no. Él reconoció la voz e interrumpió su actividad, esperando que ella le pasara el auricular. Cuando se lo pasa, no tiene ninguna razón para quedarse sentada sin nada que hacer, debe ponerse a trabajar. De la montaña de manuscritos amontonados sobre el mueble que se encuentra detrás, toma uno de la parte superior y lo pone delante de ella. Es un texto banal, insípido, de una escritura irregular, con caracteres de formas extrañas, incoherentes. Se sumerge concienzudamente en su lectura.

Inmediatamente, el ruido ambiental cede su lugar a un silencio como el que con frecuencia surge en la proyección de una película: la acción continúa, pero el sonido desaparece. Silencio sorprendente, como cuando se espera algún suceso. Sin embargo, nadie percibe lo extraño de la situación, están todos absortos en sus labores, se esmeran, como si lo que cada uno hace fuera esencial, de la más alta importancia. Pero ese silencio de

corta duración es interrumpido por el zumbido de una abeja que entra a la oficina y empieza a describir círculos con su vuelo, lo que termina por desencadenar cierta agitación. Todos se levantaron al instante, algunos agitando sus manuscritos como un abanico, otros sirviéndose de libros enrollados, unos sugerían aplastarla, otros aseveraban que no pasaría nada si no se le provoca, pero que en caso contrario surgiría el riesgo de que pique. De manera increíble, nadie se atrevió a actuar con demasiada brutalidad. Después de un prolongado recorrido por la pieza, la abeja sale por la ventana, dejando a su paso una estela de oro brillante que tardó en disiparse. Retornan diversos sonidos, la película recupera a la par sonido e imagen tras el incidente.

Lao Wang le informa de que habrá un coloquio de escritores el próximo lunes en Lushan. Pese a que no será de magnitud considerable, reunirá a algunos de los mejores autores a nivel nacional para discutir cuestiones relacionadas con la literatura. Este promete interesantes debates y puede que la redacción envíe a un representante. Comienza a imaginar lo que pasaría si ella fuera la elegida para ir y se aceleran los latidos de su corazón. Lao Li y Xiao Zhang se cuentan una anécdota en voz alta para que todos los redactores presentes la escuchen, no demasiado baja para que pueda ser oída desde el otro lado. Ella no puede impedir interesarse en su conversación. Es en ese momento cuando resuena la música que anuncia el receso dirigido a estirar o ejercitar un poco el cuerpo. Todos se levantan en desorden moviendo las sillas ruidosamente sobre el entarimado encerado. El sol que entra justo por la ventana vecina de su escritorio irradia una ence-

guedora luz blanca. Ella se aleja de esa intensa claridad para dirigirse hacia el otro extremo de la sala, frente a un umbroso callejón interior. Escucha el borboteo del agua que cae en cascada por las tuberías. La callejuela totalmente gris, que no ve jamás la luz del sol, parece desolada y al mismo tiempo acogedora, como si se pudiera ocultar allí cualquier cosa con total seguridad. Volviendo la espalda a la ventana opuesta por donde entra la luz, se sumerge en la contemplación de la estrecha y ensombrecida callejuela. Escucha confusamente que alguien la llama pero no reacciona, esperando que la vuelva a llamar, a menos que insista una y otra vez. Pero como esto no sucede, continúa su ensoñación en solitario.

Frente a la estrecha callejuela, continuó pensando en mi historia.

No hay nada que sobresalga de esta callejuela, salvo el suelo destruido y una alcantarilla hacia la que el agua fluye violentamente y se desborda con un borboteo desagradable antes de entrar bajo tierra. Después retorna el silencio.

Continúa de espaldas observando la callejuela. El sol está ligeramente desplazado, se hace más caluroso el ambiente, la luz ya no encandila. Se apaga la música que acompañaba el receso gimnástico y cada uno retoma su puesto con un gran estruendo de sillas que rechinan al ser deslizadas al unísono. Ella espera que la llamen, pero como nada sucede, abandona la ventana para atravesar la sala y retomar su puesto frente a la ventana iluminada.

Cuando vence la mitad del camino o incluso un poco más, a la derecha, ha de pasar por una puerta que conduce al escritorio del redactor en jefe a través de dos esca-